

La cultura de la identidad mexicana: una crítica actual al nacionalismo recreado dentro y fuera de nuestras fronteras

María Teresa Puche Gutiérrez¹

Edgar Martínez López²

Breve introducción al concepto de cultura

Definir un término como cultura se torna complejo si observamos la multiplicidad de elementos y matices que comprende, pero, sobre todo, si pensamos en la posibilidad de que no hay nada realmente que sea acultural, quizá podríamos pensar, entonces, que la cultura abarca todas las dimensiones de la vida humana. Con frecuencia se ha planteado el carácter universal

1 Doctora en Teoría de la Literatura y el Arte y Literatura Comparada por la Universidad de Granada (España), actualmente es profesora en la UMSNH y miembro del DIAC. Ha participado en numerosos congresos, impartido conferencias y publicado libros, artículos en revistas indexadas, capítulos de libros sobre literatura española e hispanoamericana, estudios de género y vanguardias del siglo xx.

2 Actualmente cursa el quinto semestre del Doctorado Interinstitucional en Arte y Cultura (DIAC) con el tema de investigación “Estudio semiótico jurídico de la película *Philadelphia* de Jonathan Demme (1993)”, adscrito en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, generación 2015-2018.

de ciertos temas (entiéndase la libertad, la muerte, el amor, etc.), pero lo cierto es que, cuando nos acercamos a definirlos, inmediatamente comenzamos a introducir criterios culturales propios o ajenos, en tanto que cualquiera de ellos conlleva realizaciones pragmáticas e implicaciones ideológicas que son particulares de cada cultura. La cultura atraviesa todos los campos disciplinares del conocimiento, todas las prácticas humanas y la cotidianidad vital hasta el punto de poder afirmar, sin lugar a dudas, que somos seres culturalmente determinados.

Podríamos aplicar al concepto de cultura una multiplicidad de definiciones posibles y, probablemente, todas resultarían insuficientes o reduccionistas dada la vastedad de significaciones que comprende. No obstante, elegiremos una que, desde su simplicidad, nos permita establecer un punto de partida mínimamente convencional. Estableceremos que

Como cultura entendemos el conjunto de rasgos distintivos [...] que caracterizan a una sociedad o grupo social en un periodo determinado. Este término agrupa: modos de vida, ceremonias, arte, tradiciones, creencias, tecnología, sistemas de valores y los derechos fundamentales del ser humano, etc. Considerando que a través de ella se comunica el hombre, toma conciencia de sí mismo, cuestiona sus creaciones, busca nuevos significados, creando obras que le trascienden. Es decir, es a través de la cultura como el hombre se perfecciona (Rincón Pérez, 2008: 8).

Podríamos añadir, para completar lo anterior, que también la cultura rige los modelos sociopolíticos y económicos, en tanto que éstos son consecuencia de visiones particulares del mundo históricamente determinadas que se concretan en contextos geográficos también determinados. Para ejemplificar tal afirmación, bastaría con tomar en cuenta cómo el surgimiento de una clase social como la burguesía y su modelo económico, de cuya evolución resulta el capitalismo actual, se concreta en un contexto cultural occidental y no podemos explicarla si no es vinculada a él.

La ideología funciona de igual manera que la cultura, de ahí que esté intrínsecamente unida a ella, configurando todos los elementos y acciones propios de la existencia. Todo sustrato ideológico responde a intereses de carácter político, social, económico, religioso y, por tanto, cultural, como ya defendimos. No hay más que pensar el modo en que cada pueblo o nación

establece sus propias pautas de conducta social a partir de los modelos ideológicos que son culturalmente aceptados y que pueden ser muy divergentes entre manifestaciones distintas. No hay elemento cultural que no responda a una ideología particular, hegemónica o no, ni ideología que no se sustente en principios culturalmente aceptados, ya sea por una mayoría o una minoría social. Así es que la ideología reproduce aspectos culturales tales como “El dominio de [...] lo público sobre lo privado; los hombres sobre las mujeres; los padres sobre los hijos; los ‘normales’ sobre los locos o los homosexuales, etc.” (Rodríguez, 1994: 19).

Aceptar que cualquier producción, acción o pensamiento es cultural, equivale a asumirnos como seres que reproducimos patrones aprehendidos de las mismas raíces de la cultura, los cuales conforman el inconsciente ideológico del cual partimos y al cual retornamos, una vez que se produce el proceso de legitimación del mismo, entendiendo este último término como dominación de un sistema sobre todos los demás, tal y como lo plantea Juan Carlos Rodríguez (1994). Hay culturas “más hegemónicas” que otras, por ejemplo la occidental, que durante muchos siglos de historia ha procurado imponerse al resto de las culturas y dentro de ella podríamos pensar, en la actualidad, la cultura anglo-sajona, con Estados Unidos a la cabeza.

También, a la hora de definir la cultura, podemos atender a aspectos antropológicos, como propone Esteban Krotz en su publicación *Cinco ideas falsas de la cultura*, al afirmar que se trata de “[...] el elemento que distingue a la especie humana de todas las demás especies; esto significa, que la cultura es tan antigua como la especie humana. Mejor dicho: las culturas humanas son tan antiguas como lo son los diferentes grupos humanos, etnias y pueblos que forman la humanidad” (2004:13).

Las diferentes culturas humanas, distribuidas a lo largo y ancho de cada uno de los continentes, poseen características diferenciales y, en ocasiones, semejanzas con el resto de las culturas, sin embargo, pudiéramos considerarlas como únicas e irrepetibles por las características propias que presentan las lenguas en las que se expresan, las costumbres, las tradiciones, el folklor y la existencia de otro elemento primordial: su historia, todos ellos implicados en la construcción de identidades culturales particulares. De tal manera, podemos afirmar con Edward Said que “[...] ninguna identidad cultural aparece de la nada; todas son construidas de modo colectivo sobre las bases de la experiencia, la memoria, la tradición (que también puede ser construida e

inventada), y una enorme variedad de prácticas y expresiones culturales, políticas y sociales” (2001: 38). Aceptamos la idea de que el concepto de cultura va ligado intrínsecamente a los conceptos de identidad y tradición, y de ahí partimos para el desarrollo del presente trabajo.

Nacionalismo y construcción simbólica de la identidad cultural mexicana

Al hablar de *cultura mexicana* tenemos obligadamente que referir el hecho de que los mexicanos somos parte de un gran mestizaje, quizá sin precedentes en la historia de la humanidad, que combina la herencia cultural legada por los grupos étnicos que nos antecedieron, durante el periodo prehispánico, y la influencia de la cultura hispana. Algunos ideólogos que participaron en los procesos de creación de la nueva identidad americana, como es el caso de José Martí en Cuba o José Vasconcelos en México, entre otros muchos, a partir del concepto de *mestizaje* al que alude el primero o de *raza cósmica* que plantea el segundo, “tratan de asumir hasta el máximo las condiciones confusas y contradictorias, los condicionamientos que habían ido conformando la realidad de América Hispana” (Rodríguez, 1987: 150).

Lo anterior no hace más que confirmar que somos un *collage* conformado por nuestro pasado histórico y también por nuestro presente, pues no podríamos concebir nuestra cultura en la actualidad sin tener en cuenta el aporte cultural e ideológico propio de la modernidad y la posmodernidad occidental, inmersos como estamos en una globalización en la que se observa más claramente el factor de multiculturalidad.

Al tratar de describir los aspectos y características que pudieran ayudar a definir la identidad mexicana, nos tropezamos con varios posibles obstáculos: 1) la interpretación del modo en que nos percibimos los mexicanos; 2) la necesidad de una autocrítica en torno a la idea de nación que hemos conformado; 3) la delimitación del tipo de mexicano a analizar, es decir, si nos referiremos al prototipo de mexicano medio estandarizado culturalmente, o a la abstracción que supone hablar de la población mexicana en su conjunto, o si estudiamos a un sector representativo de la sociedad mexicana. Sea cual sea la opción elegida, resultará parcial y poco representativa, es un error con el que debemos contar. No obstante, preferimos la segunda opción, aun siendo tan

irreal y nada precisa, entendiendo que podemos englobar en ella a cualquier miembro de la población nacida en México, sin distinción alguna que nos obligaría a hacer precisiones mucho más complejas y que excede a las posibilidades de este trabajo.

Es por ello que inicialmente recurrimos a consultar la producción exógena, es decir, lo que se ha escrito sobre los mexicanos desde la visión más pretendidamente objetiva del extranjero, y la producción endógena, que surge de la mirada del propio mexicano. En ambas encontramos que, durante muchas décadas, se escribieron opiniones sesgadas, parciales, que describen sin cuestionamiento crítico alguno, pero sí de manera nociva, las aberraciones de nuestros gobernantes, errores políticos, malinchismo, invasiones extranjeras, una conveniente ideología oficialista, entre otras disgresiones. No obstante, también hay opiniones y razonamientos rigurosamente formulados y de gran valor histórico y cultural dentro y fuera del ámbito mexicano, como es el caso de los pensadores autóctonos Leopoldo Zea, Alí Chumacero o Samuel Ramos; y de los extranjeros: Viktor Frankle, Adalbert Dessau o Jean Franco, entre otros posibles.

Desde las voces críticas más actuales se defiende la idea de que: “El discurso histórico-político sobre la nación y el etnológico-filosófico sobre el mexicano no deben ser ya un apéndice de las necesidades coyunturales del gobierno en turno. Su histórica dependencia justificada por la ‘necesaria unidad nacional frente a los acechos del exterior’” (Val, 2006: 17).

Ya previamente, Gilberto Giménez Montiel en su obra *Teoría y análisis de la cultura*, hace referencia a la existencia de una historia colectiva o social, la cual puede estar narrada a partir de una visión muy generalizada de lo que es la cultura en México:

La serie histórica: comunidad primitiva/tribu/etnia/provincia o región/nación, constituyen modalidades de identidad englobante. En cambio, la serie: rangos/castas/estamentos/clases sociales, en el sentido industrial, son modalidades de identidad diferencial históricamente conectadas con las primeras. Así, las clases en sentido moderno se hallan históricamente ligadas al surgimiento del Estado-Nación (Giménez, 2005: 95).

La mencionada memoria colectiva podríamos entenderla como el acervo histórico-cultural que se construye con la participación de los sujetos al

recordar su historia social, la de sus comunidades, de sus tradiciones e incluso de sus historias de vida de una forma oral o escrita, como es el caso de las comunidades indígenas. Esta memoria colectiva mantiene el recuerdo de los hechos de un grupo a otro, de generación a generación para poder reclamar o reelaborar sus memorias y que éstas puedan seguir actualizándose. No obstante, toda memoria histórica narrada desde el presente busca la confirmación del hoy con base en el pasado histórico: “La selección o reconstrucción del pasado se realiza siempre en función del presente, es decir, en función de los intereses materiales y simbólicos del presente. No existe ningún recuerdo absolutamente ‘objetivo’” (Giménez, 2005: 97).

Dentro de las características primordiales de la memoria colectiva nos interesa destacar su rico contenido simbólico, el cual forma parte de la herencia cultural que incorpora todo tipo de ritos, danzas, festividades de una comunidad, de carácter ceremonial o religioso, a nuestra actualidad. Probablemente éstas debieron haber sufrido algunas modificaciones a lo largo del tiempo a partir de las necesidades e intereses de cada época, pero, de muchos modos, son elementos culturales vigentes que determinan el inconsciente colectivo mexicano y contribuyen a generar un sentido identitario.

Podemos sumar a estas construcciones simbólicas otras que han incidido en mayor medida en la conformación de lo nacional, es decir, en el conjunto de ideas y representaciones que definen políticamente el ser mexicano como miembro de una comunidad de más de ciento veinte millones de personas que habita dentro de los límites geográficos correspondientes a la unidad territorial de México, o incluso que fuera de ella participa a la distancia, por su condición de migrante, de esta misma simbología nacionalista, la cual fomenta la unidad que precisa el sistema para un ejercicio de poder más eficiente. Se constituye, así, “un conjunto de estructuras mentales, categorías, valores, juicios y criterios” (Goldmann, 2008: 135) para la consolidación de una identidad a través de los símbolos conocidos como “patrios” y que abarcarían desde los personajes históricos que protagonizaron la independencia y las numerosas festividades alrededor de sus figuras, la bandera o el himno como máximos elementos de representación de la unidad nacional y las ceremonias de culto a los mismos que tienen lugar en las escuelas, en las plazas y en otros espacios de carácter público.

Es posible explicar históricamente la necesidad de construir la identidad, no sólo la mexicana, sino también, de manera más amplia, la americana, como

parte de un proceso de consolidación del criollismo que orquesta, dirige y ejecuta el plan independentista que daría fin al sistema colonial en América. Sabemos por la Historia que, en la práctica, en buena medida, se siguió ejerciendo la dominación por parte de estas oligarquías de poder criollas, la cual fue cediendo a partir de la consideración de un elemento fundamental para la comprensión del nuevo orden social, político y cultural. Nos referimos al mestizaje, que daba lugar a una “nueva perspectiva ideológica en la comprensión de la realidad americana” (Rodríguez, 1987: 153) en su conjunto, y, cómo no, de la mexicana.

Aunado a lo anterior, consideramos pertinente analizar algunos de los aspectos que representan o identifican al mexicano dentro y fuera del país, atendiendo a lo que entendemos como una dimensión social de la cultura, es decir, los mexicanos frente a los que no lo son, dado que “La cultura es también la diferencia y una de sus funciones básicas es la de clasificar, catalogar, categorizar, denominar, nombrar, distribuir y ordenar la realidad desde el punto de vista de ‘nosotros’ relativamente homogéneo que contrapone a ‘los otros’” (Giménez, 2005: 89).

Desafortunadamente, somos los propios mexicanos quienes hemos *creado* un estereotipo al interior y exterior del país que ha caído más bien en parodia de lo que somos: desde la imagen del indio que portaba enorme sombrero, tipo villista, perpetuada a través del arte en sus diferentes formas, hasta la del migrante o “mojado” vago que sólo busca cruzar la frontera para hacerse rico de un día para otro, pasando por la percepción construida de una tipología única de mexicano que oscila entre la ignorancia, la sumisión y la hombría mal entendida, tan representada en la producción cinematográfica durante varias décadas del pasado siglo.

Como parte de ese trabajo nacionalista, cuya intención era moldear la nueva imagen del futuro ciudadano ante una modernidad “con menos indios” (idea propuesta por un general revolucionario y expresidente de México, Lázaro Cárdenas del Río) y una renovada visión de identidad del propio mexicano, surgieron diversas propuestas sistémicas, como la industrialización y la modernización propias del capitalismo más consolidado, por encargo de la Secretaría de Educación Pública posrevolucionaria.

Surgió entonces el *rescate de la identidad* a través del discurso, como herramienta ideológica incisiva de lo que debiera o pudiera ser el mexicano a partir del trabajo de los intelectuales y artistas de la época, como, el ya antes

citado, José Vasconcelos y su concepto del mestizaje como *Raza cósmica* en 1925, y la autoría del lema de la UNAM: “Por mi raza hablará el espíritu”; José Clemente Orozco, *La trinchera* de 1926; Samuel Ramos con *El perfil del hombre y la cultura en México*, en 1934; Diego Rivera en la *Epopéya del pueblo mexicano* entre 1929-1935, entre otros. A ello se suma el mito común de los artistas sobre la cultura mexicana a partir de 1920 con el tema del campesino mexicano. Todos ellos contribuyeron de manera decisiva a construir intelectualmente la idea de una mexicanidad del siglo xx que buscaba sus raíces en los procesos históricos precedentes.

Desde la obra literaria posrevolucionaria se trabajó generalmente el drama del día a día del hombre de campo: el sufrimiento, la pobreza, la explotación, convirtiéndolo en el *cordero sacrificado* por su pasividad ante la modernidad y el progreso. Entre los autores del siglo xx que desde sus obras muestran un panorama particular de análisis o descripción narrativa de las identidades del mexicano, destacamos, en orden cronológico, a: Ramón López Velarde con *La suave patria* en 1921; José Revueltas con la novela *El luto humano* en 1943; Octavio Paz y *El laberinto de la soledad* en 1950; Juan Rulfo con su obra *Pedro Páramo* en 1955; y Emilio Uranga desde su *Análisis de ser del mexicano* en 1990. Todos ellos contribuyen de uno u otro modo a contemplar la realidad mexicana desde una perspectiva más crítica, independientemente de que su pensamiento estuviera vinculado a una postura ideológica idealista o materialista.

A continuación, proponemos una relación más ordenada y rigurosa de algunos de los símbolos sistémicos culturalmente asimilados y que portan una gran *carga ideológica* absorbida en mayor o menor grado por los individuos que forman parte de la nación mexicana, conformando así su inconsciente colectivo:

- I. Los símbolos patrios: los elementos que rodean a la bandera nacional, la letra que acompaña el himno nacional, el reglamento perteneciente a la legislación en vigor, la “Ley sobre el escudo, la bandera y el himno nacionales”, bajo la obligatoriedad de respetarlos para no incurrir en traición a la patria.
- II. La Historia nacional, la cual se enseña desde los primeros años de formación educativa, inculcando a los alumnos que hay que valorar la dedicación y sacrificio de todos los héroes de la patria; aunque esta historia en el aula sea parcialmente alterada.

- III. La impartición hasta el momento presente de materias como civismo, donde se enseña el “buen actuar” del ciudadano, con miras a formar la conducta de respeto a los valores del patriotismo.
- IV. La obligatoriedad del servicio militar. Esta formación castrense fue inculcada con fervor debido a los procesos de invasiones extranjeras y las experiencias de las Guerras Mundiales; por lo que se inculcaba al ciudadano el adiestrarse en el uso de las armas para repeler alguna amenaza a la nación, entre otras.

De igual forma, podemos considerar otros tipos de simbolismos de identidad cultural más extendidos entre la población, los cuales oscilan entre la adquisición occidental y los sustratos culturales autóctonos:

- I. La imagen de la Virgen de Guadalupe es uno de los símbolos con mayor estudio y análisis desde la religión, la cultura y la política; este es un tema muy recurrente para explicar el pensamiento del pueblo mexicano. La devoción a la *Morenita del Tepeyac* ha sido una herramienta de máxima difusión, con una gran carga histórico-ideológica, cuyas implicaciones han sido:
 - A. Facilitar la imposición de una doctrina con la peculiar característica mítico-religiosa para los pueblos de las Indias, cuya religión era politeísta. Todo esto es posterior al conocido periodo de la Conquista, realizada por Hernán Cortes (1519-1521), lo que dio como resultado finalmente el prolongado periodo Colonial hasta el año de 1821.
 - B. La imagen ha sido símbolo y estandarte de guerra para la liberación-uniión de los pueblos indígenas y sus castas, quienes vivían marginados en contra de la Corona Española, por el héroe insurgente Miguel Hidalgo y Costilla, durante el periodo independentista de 1810-1821.

Posteriormente, también fue usada como bandera-identidad durante el periodo de la Guerra Cristera en México entre los años de 1926-1929.

- C. Actualmente ésta es representativa de la religión católica como símbolo de identidad nacional, de ahí la expresión “ser mexicano es

ser guadalupano”. Incluso, su fervor ha traspasado fronteras ante el cruce migratorio latinoamericano a los Estados Unidos desde décadas pasadas.

Su influencia es tal que algunos personajes políticos la han aprovechado como imagen mediática, como el caso del entonces presidente electo Vicente Fox (2000-2006) y por el gremio del medio artístico al acudir cada 12 de diciembre a la basílica para recibir su bendición, entonándole las tradicionales mañanitas.

- II. Canciones emblemáticas de identidad que refieren la grandeza de México y el amor a la “tierra mexicana” y lo que representa. Entre ellas podemos citar: *México lindo y querido*, *Cielito lindo*, *El son de la negra*, *Guadalajara*, *Qué bonita es mi tierra*, *Jarabe tapatío*, entre otras.
- III. Los corridos y la Bola Suriana –zona centro-sur de México: *Las Balonas*, que son característicos de Michoacán– que hacen alusión crítico-social-histórica a personajes en su vida cotidiana o relativa a sucesos revolucionarios. Su versatilidad y originalidad permitió describir en ellos la situación precaria en que se encontraba la población agrícola y agraria, el descontento social sobre los políticos, caudillos, los bandoleros, las persecuciones, el elogio de ciudades, entre otras. Inclusive, posterior al periodo posrevolucionario hasta llegar a los controvertidos narcocorridos. Como ejemplo tenemos: *La cucaracha*, *La Valentina*, *Juan Charrasqueado*, *El siete leguas*, *La Adelita*, *Sonora querida*, *Caminos de Michoacán*, entre otros.
- IV. El futbol: inicia como identificación y empatía con el equipo de la ciudad de origen, en algunos casos se “hereda” esta preferencia debido a la influencia familiar. Posteriormente, la mercadotecnia y el apasionamiento deportivo motivan al aficionado a considerar al futbol en un sentido de orgullo identitario en las diversas competencias internacionales, como la Copa Mundial de Futbol, donde se pretende que nos identifiquemos con el representante nacional, llamándolo *equipo azteca*; de ahí que mediáticamente nos envuelven con frases como: “ponte la verde”, “sigue a tu selección”, “todos somos México”, entre otras.
- V. Cine: existe una gran gama de títulos relacionados con la temática de identificación nacional, algunas son de corte histórico institucional,

otras relacionadas con las problemáticas sociales y culturales de pobreza, ignorancia, marginación, entre otras cuestiones.

Por ejemplo, tenemos: *Allá en el Rancho Grande* (1936), *¡Ay Jalisco no te rajes!* (1941), *La Virgen que forjó una patria* (1942), *Mexicanos al grito de guerra* (1943), *Flor silvestre* (1943), *María Candelaria* (1946), *Río escondido* (1947), *Los tres García* (1947), *Los olvidados* (1950), *La sombra del caudillo* (1960), *El mil usos* (1981), *Héroes verdaderos* (2010).³

- I. Telenovelas mexicanas de corte histórico como: *El carruaje* (1972), *Senda de gloria* (1986), *El vuelo del águila* (1994), *La antorcha encendida* (1996), entre muchas posibles.

Hablar de identidad significa considerar que hay una serie de ideas, características, elementos y funciones que son compartidos por una misma comunidad de individuos y José del Val la aborda desde seis consideraciones (2006: 50-51):

1. La identidad, las identidades, son atributos de todo ser social. No existe individuo o grupo humano que no participe de la identidad.
2. La identidad es pertenencia, y por lo tanto, exclusión; la pertenencia y la exclusión son condiciones de toda existencia social.
3. Cualquier individuo, en cualquier cultura, participa en un número variable de agrupaciones que le otorgan identidades específicas.
4. Las identidades implican necesariamente conciencia de las mismas y, en tal sentido, se expresan de manera singular.
5. En tanto no exista conciencia de la identidad, no existe exclusión ni pertenencia; por tanto, no se expresa como identidad y no podemos propiamente hablar de identidad.

³ En contraparte, pudiera servirnos de ejemplo dos recientes producciones cinematográficas donde se llegan a desmitificar a importantes héroes nacionales con el objetivo de revelar algunos aspectos de sus vidas íntimas que los historiadores más acérrimos de la ideología oficialista han omitido para evitar una discordancia con la imagen que se nos ha enseñado, como las realizadas por el director Antonio Serrano con: *Hidalgo. La historia jamás contada* (2010) y *Morelos* (2012), como lo refiere Juan Carlos González Vidal en su obra *Historia y ficción en imágenes* dentro del Capítulo I titulado “El relato histórico y sus extensiones” (2016: 43-44).

6. No debe confundirse, entonces, la identidad con las supuestas identidades que surgen de un marco teórico o de la observación clasificatoria.

A los citados elementos podemos añadir: la modernización y a quienes pretenden imponer modelos de innovación educativa donde no se considera valiosa la creación de pensadores, el consumismo, el capitalismo desmedido, la mercadotecnia, el intervencionismo político y económico extranjero en toda la dimensión empresarial que lo caracteriza, etc. Tales factores podrían ser considerados como perjudiciales para el sostenimiento de la cultura, dando lugar a la idea generalizada de que en la actualidad estamos teniendo una etapa de pérdida de la identidad nacional. Es quizá una idea que deviene del proceso de globalización que no afecta de manera particular a México, sino a todo el conjunto de la población y las estructuras sistémicas mundiales.

Antes de concluir este apartado, es preciso recordar que México, a causa de su historia, ha tenido un intercambio importante con otras culturas, debido principalmente a tanta intervención extranjera en diversos periodos, como la española, francesa y norteamericana, hecho que ha devenido en la incorporación y fusión de elementos culturales foráneos que, actualmente, ya no son reconocidos como ajenos en su mayoría, sino que conforman el sustrato cultural mexicano junto con los autóctonos.

La emigración y su relación con la multiculturalidad

Los movimientos migratorios son el resultado de diferentes factores económicos, políticos y sociales que pueden transformar significativamente e influir en el devenir de una nación. Además, con el transcurso del tiempo, estos contactos pueden llegar a modificar ciertos aspectos de una cultura.

Estas migraciones, incluyendo la población de paisanos mexicanos, han dado pauta a la realización de diversos textos que contribuyen a entender los problemas que viven los mojados en búsqueda del *sueño americano*, lo que ha originado obras relevantes como: de Agustín Yáñez: *Al filo del agua*; Carlos Fuentes: *La región más transparente*; Luis Spota: *Murieron a mitad del río*; José de Jesús Becerra González: *El dólar viene del norte*; Héctor Raúl Aranza: *Huelga blanca*; Jesús Topete: *Aventuras de un bracero*; Magdalena Mondragón:

Tenemos sed; Herminio Corral Barrera: *Los fabricantes de braceros*, entre otros (citados por Maciel, 1999: 107).

Dentro de la cinematografía de frontera podemos encontrar diversos títulos relacionados con las vivencias de los latinos en Estados Unidos, así como los conflictos del paso del migrante, las pandillas, la drogadicción, el problema de la identidad cultural, etc. Entre las películas que podríamos referir están: *Espaldas mojadas* (1953), *Santana, americano yo* (*American Me*) (1992), *Mi familia* (*My Family*) (1995), *Mentes peligrosas* (*Dangerous minds*) (1995), *Un día sin mexicanos* (*A day without a mexican*) (2004), *Al otro lado* (2005), *Siete soles* (2008), *Sin nombre* (2009), *Norteados* (2009), *Filly Brow* (2012), *La jaula de oro* (2013), *Sushi a la mexicana* (2016), entre otras.

De igual manera, podemos señalar que estos cruces fronterizos permitieron el surgimiento de nuevas subculturas dentro de las comunidades mexicanas e hispanas que han encontrado un espacio en las ciudades de los Estados Unidos, las cuales tienen elementos propios debido a la mezcla de identidad, como: los *chicanos*, los *pochos*, el *pachuco* y los *cholos* (s/a, 2016: s/p).

Chicanos es el nombre dado a los mexicanos-americanos nacidos en los viejos territorios pertenecientes a México antes de la anexión de Texas, Nuevo México y California a los Estados Unidos. La cultura chicana presenta un gran arraigo con la cultura mexicana, manifiesta en los ritos de adoración de la Virgen de Guadalupe, la herencia prehispánica presente en su grafiti y tatuajes, y sus celebraciones festivas, entre otras. Los denominados *pochos* son los hijos de los migrantes que recibieron educación como mexicanos y que nacieron en los Estados Unidos; por lo que los *pochos* están más aculturados al interior de la sociedad norteamericana, hablando el idioma y sus costumbres; sin embargo, llegan a tener modismos y un desuso de la lengua castellana. A otra tribu urbana que surgió en la frontera norte se le conoce como *cholos*, los cuales surgen como una marca de identidad nacional y a la vez como resistencia social, cultural y política que tiende a defenderse frente a una cultura anglosajona. Finalmente, *pachuco* es el término que se usa como apodo de los habitantes de El Paso (Texas), término que derivó en “pacho”, “pachuco” y “chuco”; surgen en los años 30 y su vestimenta característica era el “*zoot suit*”. Normalmente al *pachuco* se le identificaba como el individuo que gustaba de violar las normas sociales de México y Estados Unidos, presentándose como parte de un grupo marginal y delincuente.

Principalmente nos encontramos con un contexto cultural que reproduce la apreciación de que el migrante tiene las subculturas urbanas de su

sociedad, de la búsqueda de identificación con el país que ha dejado atrás con el legado cultural de sus antecesores. Este tipo de manifestaciones, generalmente juveniles, están relacionadas con los grupos de pandillas y, sin embargo, encontramos en la mayoría de ellas un gran contenido simbólico sobre su identidad dentro de este mestizaje cultural. Con frecuencia se produce el rechazo social de este tipo de producciones artísticas, como afirma Héctor Domínguez Ruvalcaba: “Gran parte de la percepción de los jóvenes como criminales tiene como origen la incompreensión de sus expresiones, descartadas prejuiciosamente desde la concepción maniquea y punitiva del orden social” (Domínguez, 2011: 82).

Mencionar a estos grupos con una identidad diferenciada contribuye a visibilizarlos social y culturalmente frente a una sociedad y una cultura hegemónicas, como las estadounidenses que pretenden no sólo silenciarlos sino someterlos.

Conclusiones

Como recapitulación observamos que la identidad y la cultura mexicanas atienden a la expresión de una multiculturalidad, es decir, formas foráneas de vivir, de hablar, de comunicarnos, que fueron impuestas y obligadamente asimiladas. Con respecto al papel de las instituciones en el esfuerzo por mantener el civismo y acatamiento de los símbolos patrios, comprobamos la imposición nacionalista a favor de los intereses políticos, económicos y sociales de los estamentos privilegiados del país. La identidad se configura entonces, como una estrategia de poder que se construye simbólicamente y que tiene repercusiones culturales e históricas importantes como la producción discursiva o artística que contribuye a generar tal conciencia.

Como siempre, los grupos sociales más vulnerables son los que han tenido que someterse, ya sea a la imposición cultural perpetrada por la conquista española sobre los grupos prehispánicos, la explotación campesina antes y después de la Revolución mexicana o de las intervenciones extranjeras justificando el colonialismo. Muchas de las circunstancias referidas han incidido en la emigración a los Estados Unidos, aunque el tránsito humano también genera procesos identitarios muy diferentes a los que se producen al interior de México. También se produce un mestizaje de nuevas ideologías y costumbres

por el contacto cultural, pero encaminado a hacerse presente en un mundo occidental políticamente hostil, ante el cual se imponen las leyes de la supervivencia cultural.

Referencias bibliográficas

- Domínguez Ruvalcaba, H. (2011). *Desmantelamiento de la ciudadanía. Políticas de terror en la frontera norte*. México: Eón.
- Jiménez Montiel, G. (2005). *Teoría y análisis de la cultura*. Vol I. México: CONACULTA.
- Goldmann, L. (2008). *La creación cultural en la sociedad moderna*. México: Coyoacán.
- González, J. C. & Pardo, R. (2016). *Historia y ficción en imágenes*. México: UMSNH.
- Krotz, E. (2004). *Antología sobre cultura popular e indígena. Lecturas del seminario Diálogos en la acción, Primera Etapa*. México: Conaculta.
- Maciel, R. D. (1999). *Cultura al otro lado de la frontera*. México: Siglo XXI.
- Rincón Pérez, D. A. (2008). "Nota editorial". En Goldmann, Lucien, *La creación cultural en la sociedad moderna*. México: Coyoacán.
- Rodríguez, J. C. (1994). *La norma literaria*. Granada: Diputación provincial de Granada.
- _____ (1987). *Introducción al estudio de la literatura hispanoamericana*. Madrid: Akal.
- Said, Edward W. (2001). Cultura, identidad e historia. En Schröder, Gerhart & Breuninger, Helga, (Comps.) (pp. 37-53), *Teoría de la cultura*. Buenos Aires: FCE.
- Vál, J. del. (2006). *México, identidad y nación*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Referencia electrónica

- (S/a). Cholos. Tribus urbanas. Obtenido el 14 de abril de 2016, de: <http://4046hh.blogspot.mx/p/cholos.html>.